

LA INSTALACIÓN HISPANA EN LA ALTA CALIFORNIA

Marina Alfonso Mola
Palma de Mallorca, 25 nov. 2013

Durante el siglo XVIII, el imperio español de Ultramar alcanzó sus máximas dimensiones. El empuje militar y misionero al norte de Nueva España culminó con la creación de una línea de misiones y presidios que iban desde California a la frontera de Florida, incluyendo Arizona, Nuevo México y Texas, mientras los tratados de París y Versalles permitieron adquirir el dominio sobre la Luisiana (1762) y recuperar las dos Floridas (1783).

La expansión española al norte del Virreinato de Nueva España durante el reinado de Carlos III fue una de las manifestaciones más visibles del nuevo ímpetu colonizador puesto de relieve durante el siglo XVIII y se realizó en **paralelo** por una doble vía: **marítima** y **terrestre**. Como fueron simultáneas en el tiempo hay que comenzar por una de ellas, así que empecemos por la primera.

En lo que afecta a las regiones abiertas al Océano Pacífico, la **apertura**, perfectamente **programada**, de un nuevo ciclo de exploraciones marítimas, obedeció en primer lugar a **motivaciones de orden militar** relacionadas con la **defensa de América** y la **salvaguarda de los intereses hispanos**, aunque las nuevas preocupaciones patentes en el **pensamiento ilustrado** impusieron una paralela **finalidad científica** a buena parte de estas expediciones.

¿Cuáles eran las motivaciones para salvaguardar los intereses hispanos en América?

Fundamentalmente, la alarma suscitada por las noticias filtradas al gobierno español sobre las **actividades británicas y rusas** en lo que entonces se denominaba la **costa septentrional de California**, por lo que había que reforzar la soberanía hispana sobre un territorio inexplorado, que le pertenecía por las Bulas Alejandrinas y el Tratado de Tordesillas pero que era difícil de mantener si no estaba colonizado.

En efecto, se había difundido que **Samuel Hearne** (entre 1769 y 1772) había realizado tres exploraciones terrestres y fluviales hacia el noroeste del continente norteamericano al servicio de la Compañía de la Bahía de Hudson en busca de pieles, minas de cobre y un posible paso al Pacífico. Si bien alertaron a Madrid de los intereses ingleses, no preocuparon en exceso (aún no había aparecido en escena el capitán Cook en su tercer viaje, circunstancia a la que aludiremos más adelante).

Sin embargo, la intranquilidad provenía de otras informaciones. El embajador español en San Petersburgo, el conde de Lacy, había informado al secretario de Estado, marqués de Grimaldi, con algunas imprecisiones e inexactitudes (debidas a la política de secretismo seguida por el gobierno ruso), sobre la expedición de **Chirikov** en el Pacífico Norte (1769-1771), sobre las actividades comerciales rusas en Norteamérica, sobre el pago por los indígenas del tributo del *yasak* en reconocimiento a la soberanía rusa y sobre la intención de la emperatriz Catalina de extender sus dominios en aquellas costas.

Sin poder precisar la veracidad de estas noticias o hasta qué punto las actividades rusas amenazaban realmente los intereses españoles, pero acostumbrado durante siglos a recelar e intentar prevenir las posibles agresiones de rivales europeos contra sus posesiones ultramarinas, el gobierno español reaccionó rápidamente. El Secretario de Indias, Julián de Arriaga, comunicó (en 1773) al virrey Bucareli los temores suscitados por Lacy y le mandó organizar el envío de expediciones al Pacífico Norte para cerciorarse de la verdadera situación.

Se le facilitaban además unas instrucciones precisas:

- Debían navegar en alta mar hasta alcanzar la latitud de 60º, altura en la cual debía buscar la tierra para después realizar un cuidadoso reconocimiento de la costa hasta Monterrey.
- No debían hacer ninguna fundación, pero sí debían localizar y describir lugares idóneos para su ocupación, y bajar a tierra, cuando lo pudiesen hacer sin riesgo innecesarios, para tomar posesión de los puntos de mayor importancia estratégica.

- Este acto formal lo debían celebrar con los símbolos habituales, erigiendo una cruz y enterrando a su pie bajo piedras una botella que contuviese un documento acreditativo de la posesión española.
- Si descubriesen algún establecimiento extranjero no debían intentar desalojarlo ni entrar en contacto con él, sino que debían limitarse a informar sobre su emplazamiento, su fuerza y el número de navíos en su puerto, procediendo después a ascender a una latitud superior para tomar posesión.
- Asimismo debían evitar el contacto con navíos extranjeros, pero si no pudiesen hacerlo, debían ocultar su verdadera misión, pretextando que llevaban provisiones a California y que los vientos les habían sacado de su ruta.
- En caso de encontrarse con habitantes indígenas, debían ofrecerles regalos y asegurarse de que todos los tripulantes se comportasen hacia ellos con amabilidad y rectitud, con el fin de obtener su amistad, información pormenorizada sobre el país y un buen recibimiento a los españoles si en el futuro se decidiese ocupar esas tierras.
- Por último, debían llevar un detallado diario de navegación, haciendo constar todos los rumbos, sus cálculos de latitud y longitud, la configuración de la costa con indicaciones sobre bancos de arena, escollos e islas, y todas las noticias habidas sobre la tierra, sus habitantes, sus recursos y las incidencias de la navegación.

Pasemos ahora a ver un poco en detalle estas expediciones marítimas.

La exploración y ocupación del litoral del Pacífico situado al norte de Nueva España había comenzado con la fundación del apostadero de San Blas de Nayarit (1768), que serviría de base para la instalación española en California y para la exploración de las costas del noroeste de los actuales Estados Unidos (lo que son los actuales estados de Oregón y Washington), las costas canadienses de la Columbia Británica y Alaska hasta las islas Reina Carlota y Aleutianas.

No obstante, voy a hacer un inciso, para 1773 la entrada del apostadero de San Blas se estaba cegando peligrosamente y el virrey Bucareli habría

abandonado la base naval si no la hubiese defendido tan calurosamente el padre Serra, explicando que se habían invertido grandes sumas de dinero en el acondicionamiento del puerto, y que pese a todos los inconvenientes, el abastecimiento de la Alta California por mar resultaba más seguro y menos costoso que el envío de recuas de mulas por tierra.

Así, y pese a sus deficiencias, el puerto y apostadero de San Blas se constituyó en la base de operaciones y el punto de partida de las naves que se dirigieron hacia el norte, explorando las costas del Pacífico.

La primera expedición (1774) estuvo a cargo, por recomendación expresa del padre Serra, del mallorquín **Juan José Pérez Hernández**, un marino experimentado en la navegación del Pacífico. Aunque no era más que alférez de fragata, era el oficial de mayor rango destinado al Departamento de San Blas y, de hecho, su experiencia y previsión para los pertrechos navales, el armamento defensivo y los ranchos (para 12 meses) servirían como guía para la preparación de las expediciones siguientes. La tripulación contaba con más de 80 hombres, la mayoría criollos novohispanos. La dotación estaba formada por dos pilotos, un contramaestre, marinería, pajes, artilleros, carpinteros, calafates y un médico con sus instrumentos y caja de medicinas. El virrey desestimó su petición de embarcar algunos soldados de cuera, razonando que los objetivos de la expedición no requerían una fuerza militar profesional.

La fragata *Santiago (a) Nueva Galicia* (de 225 ton., acababa de botarse en San Blas) zarpó en enero de 1774 y la tripulación estaba confusa sobre el porqué de tantos pertrechos y de tantas provisiones (tasajo, pescado seco, bizcocho, manteca, arroz, maíz, garbanzos, lentejas, frijoles, cebollas, queso, sal, aceite, pimientos, vinagre, azúcar, jamón, galletas, canela, clavo, azafrán, pimentón, chocolate, aguardiente, vino, jarabe de limón (para el escorbuto), además del cargamento vivo de gallinas, cabras y novillos con su correspondiente heno) aunque llevaban a bordo algunos colonos para la Alta California y hasta al mismo Junípero Serra (que volvía de su viaje a ciudad de México). En marzo hicieron escala en San Diego y no sé si es que al padre Serra no le sentó bien la travesía, pero en vez de seguir con la expedición hasta Monterrey, se desplazó por tierra desde San Diego hasta este destino.

En Monterrey Junípero Serra designó a los misioneros Juan Crespí y Tomás de la Peña Sarabia para acompañar a la expedición en calidad de capellanes.

Nada más zarpar de Monterrey, los vientos le fueron contrarios, pero Juan José Pérez continuó su derrotero norteando hasta las Islas de la Reina Carlota (julio) y allí le salieron al encuentro de la fragata muchos indios **haidas** en sus canoas para comerciar. Ofrecieron pieles de oso, de foca, de nutria, mantas de lana de cabras montesas y pescado seco a cambio de ropa vieja, cuentas, trozos de cobre y hierro y grandes conchas de oreja marina que algunos tripulantes previsores habían traído desde Monterrey. Pese a la invitación de los nativos no desembarcaron. Tal vez evitaron una situación conflictiva, pero lo que es cierto es que no se percataron de que si los aborígenes querían y sabían hacer comercio era porque habían conocido esta práctica con otros europeos (los rusos).

Abandonado el intento de alcanzar los 60° de latitud, emprendieron el regreso. De nuevo las nieblas les impidieron un reconocimiento de la costa, aunque en agosto avistó lo que creyó era tierra firme, siendo en realidad la actual isla de Vancouver (6 de agosto). Dos días más tarde descubrió y recaló en la bahía de Nutka. La tripulación estaba agotada por su constante lucha con la niebla, la lluvia, el viento, las corrientes, el escorbuto y el propio miedo a lo desconocido. Entraron en Monterrey (26 de agosto) y, tras recuperarse la tripulación, recalaron en San Blas el 3 de noviembre de 1774.

Los resultados de la expedición no pasaban de ser mediocres. No había alcanzado los 60° de latitud norte, no había tomado posesión ni una sola vez, no había recabado información detallada de los nativos, no había producido mapas o planos, y su exploración de la costa era sumamente somera, por lo que no sólo eran deficientes sus resultados geográficos, sino que no aportaba pruebas fehacientes de que en aquellas costas no existiesen establecimientos extranjeros. No obstante, el virrey Bucareli acusó recibo de los diarios de navegación, felicitó a Pérez por sus logros y le ordenó iniciar los preparativos para un nuevo viaje. En la siguiente expedición, Juan José Pérez moriría en alta mar (1775), probablemente de escorbuto.

La segunda expedición (1775) estuvo capitaneada por **Bruno Hezeta** y **Juan Francisco de la Bodega** (y Juan José Pérez de segundo oficial), que debían alcanzar los 65° de latitud norte a bordo de la fragata *Santiago* y la goleta *Sonora*. Llegaron hasta la isla de Kruzof y los 58° de latitud norte en el golfo de Alaska. A finales de 1775, el virrey Bucareli remitió los resultados de la expedición a España, comentando que como no se habían descubierto señales de establecimientos extranjeros, no parecía haber ningún peligro inmediato en este sentido.

Además, los derechos españoles habían quedado protegidos por las tomas de posesión realizadas en el puerto Trinidad, la rada de Bucareli, el puerto de Nuestra Señora de los Remedios y el puerto de Bucareli. En conclusión, el virrey ponderó el alto coste de estas expediciones y sugirió que se debía dar preferencia a la consolidación de los establecimientos existentes de la Alta California.

Los razonamientos de Bucareli no carecían de fundamento, si bien debía de saber que las tomas de posesión simbólicas apenas servirían para nada si otra potencia se empeñase en establecer una colonia. Primero, porque el gobierno español no publicaba sus descubrimientos y, segundo, porque potencias rivales como Gran Bretaña venían disputando tenazmente las pretensiones españolas de soberanía en América que no estuviesen apoyadas por una ocupación efectiva del territorio.

Y, efectivamente, el almirantazgo británico, impulsado en términos generales por los motivos científico-geográficos propios de la época, y más particularmente por sus informaciones sobre las actividades descubridoras rusas y españolas, volvió sus ojos hacia el Pacífico Norte. No podía consentir que otras potencias se repartiesen los posibles beneficios estratégicos y económicos de un territorio desconocido, sin antes evaluar su relevancia para los intereses ultramarinos de Gran Bretaña.

Así, en julio de 1776, el capitán Cook recibió instrucciones para navegar, en su tercer viaje, directamente desde Tahití a la costa occidental de América y recorrerla explorando cuidadosamente, a partir de los 65°, todos los ríos y entradas que pudieran representar una vía de penetración para llegar al

Atlántico. Además de efectuar estos reconocimientos, Cook debía tomar posesión de aquellas tierras no descubiertas anteriormente por ninguna otra potencia europea.

Llegó a la costa norteamericana en marzo de 1778. El tiempo era muy malo (tormentas, vientos contrarios, nieblas, largas noches oscuras). Alcanzó Nutka y conversó con los nativos. Éstos no sólo no se sorprendieron de ver a los hombres blancos y sus manufacturas, sino que tenían objetos metálicos europeos (concretamente, 2 cucharas de plata de fabricación española). Cook no tomó posesión de la bahía de Nutka, pero los tripulantes de los navíos *Reslution* y *Discovery* compararon muchas pieles de nutria, sin saber cuánto se estimaban en el mercado chino (100 pesos por cada piel en el mercado de Macao).

Pasó las islas Kodiak camino de las Aleutianas. En la isla Halibut recibió de manos de un nativo una carta escrita en ruso y en la isla de Unalaska recibió otra, aunque no pudo establecer contacto con ningún ruso. Recorrió las costas occidentales de Alaska, atravesando el estrecho de Bering, internándose en el océano Ártico hasta que el hielo le impidió seguir avanzando. Sin dar por terminadas sus exploraciones, decidió dirigirse a las islas Sandwich (Hawai) para invernar, y allí murió a manos de los nativos (1799).

La tercera exploración (1779) se compuso de 200 hombres al mando de **Ignacio Arteaga y Juan Francisco de la Bodega y Quadra**, que comandaban las fragatas *Favorita* y *Princesa*. Los objetivos de la expedición eran, además de evaluar la penetración rusa en Alaska y la búsqueda del paso del Noroeste, la captura de James Cook, si lo encontraban en aguas españolas. Arteaga y Bodega y Quadra no encontraron a Cook, que había sido asesinado, pero exploraron la península de Kenai y la isla de Kodiak. Cuando recalaron en la bahía de Bucareli, los nativos se mostraron amistosos y trajeron pieles de nutria, de foca y de ciervo, pescado y pequeñas esteras para canjear por trozos de cobre y hierro, anillos, ropa, espejos y cuentas. Incluso ofrecieron a varios niños y niñas, a cambio de las manufacturas, viéndose obligados los españoles a aceptarlos en el temor de que si fuesen huérfanos o cautivos, su destino

podría ser el servir como comida o esclavos. Estos niños fueron encomendados al cuidado de los capellanes y finalmente llevados a San Francisco y San Blas.

En San Francisco, mientras los expedicionarios se reponían del escorbuto y del agotamiento, llegó un correo con las noticias de la muerte de Bucareli y la declaración de guerra por parte española contra Gran Bretaña (Trece Colonias, independencia de los Estados Unidos), en vista de lo cual se apresuraron las fragatas a regresar a su base en San Blas, donde fondearon en noviembre.

Arteaga y Bodega traían una información cartográfica esencialmente correcta sobre las costas septentrionales, habiendo preparado el terreno para la futura ocupación española de la Bahía de Bucareli y sin haber encontrado evidencias ni de un paso interoceánico ni de la presencia rusa ni de la visita de Cook. Estos resultados, junto con otras preocupaciones más inmediatas, desarmaron el recelo del gobierno español con respecto a la frontera noroccidental de sus dominios californianos y el 10 de mayo de 1780, se emitió una R.O. mandando el cese de las expediciones al noroeste.

Al margen de este esfuerzo de exploración marítima, la expansión al norte de las fronteras legadas por tiempos anteriores hubo de completarse con el establecimiento de nuevas poblaciones, tanto en las áreas costeras como en el interior. Así, mientras que las naves salían de San Blas hacia el norte, la implantación española en la región se hacía posible gracias al impulso dado a la colonización de las tierras de la Baja California y de la Alta California por la característica acción combinada de los **militares** fundadores de **presidios** y de los **religiosos** fundadores de **misiones**.

La colonización de la Baja California, donde los jesuitas habían instalado desde el siglo anterior la base de **Loreto**, fue muy ardua, tanto por la extrema aridez de la región como por la permanente resistencia de los indios **seris** y **pimas**, que impedían la comunicación de la península con el continente. En cualquier caso, la fundación, más al norte, de la misión de **Velicatá** dio un nuevo punto de apoyo a la presencia hispana en el territorio.

La colonización de la Alta California parece en principio la lógica continuación hacia el norte del esfuerzo evangelizador realizado en la península de la Baja California. Sin embargo, hay que señalar como acicate y palanca de esta política expansiva otros dos factores esenciales:

- La determinación española de consolidar y extender las fronteras septentrionales novohispanas desde Texas, al este, a Sonora, al oeste y California (lo que generaría la creación de la **Comandancia General de las Provincias Internas**).
- El recelo experimentado ante la presencia de las naves rusas en las costas del Pacífico americano, que ya se ha comentado.

Además, hay que tener en cuenta otros dos elementos que singularizan este capítulo de la última colonización hispana:

- El **aislamiento** de las tierras altocalifornianas respecto de las bases españolas situadas al este (lo que obligará a una **logística doble** que combinará el desplazamiento expedicionario a la vez por vía **terrestre** desde las misiones bajocalifornianas, singularmente Velicatá, y **marítima**, desde el recién creado puerto de San Blas).
- El protagonismo exclusivo de los **franciscanos**, a causa de la expulsión de los jesuitas decretada justamente en vísperas del acometimiento de la empresa (1767), a lo que se unirá algunos años más tarde (1772-1773) la sustitución de esta orden por la de los **dominicos** en la evangelización de la península y por tanto la posibilidad de consagrarse en exclusiva al nuevo territorio después de haberse cerrado la primera fase del proceso.

La empresa de California puede dividirse, en lo que respecta al reinado de Carlos III en tres etapas.

- En la **primera**, el gobernador **Gaspar de Portolá** protege el avance de los frailes de **Junípero Serra**, instalando al sur el presidio y la misión de **San Diego de Alcalá** (1769) y al norte el presidio de **Monterrey** y la misión de **San Carlos Borromeo**, conocida como el Carmelo (1770), que habrá de convertirse en la base de operaciones para todo el subsiguiente proceso de evangelización.

- La **segunda** etapa viene determinada por la apertura por parte de **Juan Bautista de Anza** de la comunicación terrestre entre **Sonora** (desde el presidio de **Tubac** en la actual **Arizona**) y los establecimientos californianos (1774-1776), que se amplían con la fundación del presidio y la misión de **San Francisco** (1776), **San Juan** y **Santa Clara** (1777).
- En la **tercera** etapa, asentados ya los soldados, los misioneros y los colonos en el territorio, se pone fin al periodo fundacional con el establecimiento de las poblaciones de **San José** (1777) y de **Los Ángeles** (1781) y la ocupación del área en torno al canal de **Santa Bárbara** (1782), al tiempo que la sublevación de los indios **yumas** clausura la ruta terrestre salvo para las expediciones estrictamente militares (1781-1782).

El arranque de la primera etapa de la ocupación de la Alta California viene simbolizado por el encuentro (en noviembre y diciembre de 1768) entre el **Visitador José de Gálvez**, el impulsor y diseñador de toda la empresa, y **Junípero Serra**, presidente de las misiones de la península de Baja California y más tarde el alma de la acción misional en los territorios del norte.

En efecto, nada más llegar Gálvez a la península de California comenzó una correspondencia con el padre Serra, quien se ofreció inmediatamente a colaborar con entusiasmo en la iniciativa de ocupar Alta California. La dualidad de la base de partida se impuso a ambos hombres, que decidieron iniciar el avance al mismo tiempo por **tierra** y por **mar**. Acordaron que irían 3 paquebotes por mar y que la expedición terrestre se dividiría en 2 grupos, en el segundo de los cuales iría el propio Serra. Acordaron fundar 4 misiones, una al norte de Santa María de los Ángeles, en el camino de San Diego, una en San Diego, otra en Monterrey y la cuarta, que se llamaría San Buenaventura, entre estos dos puertos.

La expansión de la Alta California no se presentaba, pues, como un típico avance fronterizo al estilo tradicional, porque no existía ni en la Baja California ni en Sonora una base firme de indios cristianizados y sedentarios o tierras con una agricultura bien desarrollada. Esto significaba que los nuevos establecimientos poco podrían contar con la ayuda material de sus más

cercanos vecinos y tendrían que depender de una precaria comunicación marítima con San Blas.

Así, del puerto de **San Blas** zarparon los paquebotes *San Antonio* (a) *El Príncipe* (al mando del mallorquín Juan Pérez, que ya hemos visto en las expediciones al Pacífico Norte) y *San Carlos* (200 ton). Este último conducía al grueso de la expedición, donde destacaban dos brillantes personalidades, el **ingeniero Miguel Constansó**, encargado de cartografiar el litoral y sus puertos y de levantar los planos del futuro presidio de Monterrey, y el **teniente Pedro Fages**, al mando de un contingente de 25 voluntarios catalanes llegados de Sonora. El viaje fue accidentado, la tripulación de ambos paquebotes arribó a San Diego enferma y se decidió permanecer allí, recuperando la salud, hasta la llegada de las dos expediciones terrestres.

Pues bien, el primer grupo, al mando del capitán **Fernando de Rivera**, que incluía al misionero mallorquín **Juan Crespí**, más 25 soldados de cuera, tres arrieros y unos 40 indios cristianos, salió del Real de Minas de Santa Ana (30 septiembre 1768) con el propósito de visitar las misiones del norte de la Baja California para recoger animales y provisiones. Contribuyeron las misiones de San Francisco Javier, San José de Comondú, Purísima, Guadalupe, Santa Rosalía, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Francisco de Borja, consiguiendo reunir 200 reses vacunas, 46 caballos y 140 mulas, además de considerables cantidades de trigo, maíz molido, harina, bizcocho, azúcar, vino, pasas, higos, tasajo y manteca de vaca, junto con las alforjas, bolsas de cuero y cuerdas necesarias para transportarlo todo (los animales y otros artículos se facilitaron desde Sonora). Por otra parte, los comestibles eran un regalo de las misiones de la Baja California. No obstante, el esfuerzo realizado por las comunidades, cuyos recursos eran bien exigüos, las dejó en la mayor penuria para su propia subsistencia. Tras varios meses de marcha llegó la expedición cansada y hambrienta, pero sana (en contraposición a la expedición marítima).

El segundo grupo iba al mando de **Gaspar de Portolá**, gobernador de la Baja California y comandante de la expedición, que se reunió en Santa María de los Ángeles con **Junípero Serra**, que sería el presidente de las misiones de la Alta California hasta su muerte. El padre Serra había salido de la misión de

Loreto, visitando de paso todas las misiones que se encontraban en el camino. El comandante y el franciscano se trasladaron a Velicatá, donde Serra fundó la primera misión californiana, **San Fernando rey de España de Velicatá** (14 mayo 1769), el mismo día que Rivera y Crespí habían llegado a San Diego). Esta nueva misión, además de ser útil en sí misma por disponer de tierras cultivables, pastos y agua, se había concebido como un eslabón más en la comunicación entre las dos Californias. A su frente quedó el padre Miguel de la Campa, a quien se entregó ganado y otros víveres con los cuales atraer a los nativos de la zona. Después de muchas vicisitudes, la expedición alcanzó San Diego el 1 de julio y se llevaría a término el primero de sus objetivos: la fundación del presidio (15 de mayo de 1769) y de la misión de **San Diego de Alcalá** (16 de julio de 1769). Se construyó una iglesia provisional y algunas chozas, pero no había tenido el menor éxito en sus intentos de convertir a los nativos.

Después, Gaspar de Portolá reemprendió el camino para dar cumplimiento al segundo de los objetivos: la expedición terrestre a Monterrey, que se componía de un capitán, un sargento, 25 soldados de cuera, el teniente Fages con 6 ó 7 catalanes, el ingeniero Constansó, los padres Crespí y Gómez, 7 arrieros, 15 indios cristianos y los criados personales de los oficiales y los frailes. Las dificultades para reconocer la bahía de Monterrey le indujeron a proseguir viaje más al norte hasta llegar a la bahía de **San Francisco** que tampoco identificó como un nuevo descubrimiento, por lo que se decidió a regresar a San Diego.

Al año siguiente, tras recibirse provisiones en la colonia de San Diego (traídas por Pérez desde San Blas), el gobernador inició su segunda salida, con el apoyo del *San Antonio (a) El Príncipe* de Juan Pérez (con Junípero Serra a bordo) le llevaría esta vez al correcto reconocimiento de la bahía de **Monterrey** y a la fundación del presidio (3 de junio de 1770), dejando a Pedro Fages a cargo del establecimiento militar y al franciscano frente del que habría de ser en adelante el cuartel general de su proyecto evangelizador, la misión de **San Carlos Borromeo de Carmelo**, por el río Carmelo que aprovisionaba el agua. Se construyó una empalizada alrededor del presidio y la misión, siguiendo las directrices del ingeniero Constansó.

El éxito había acompañado a la empresa, con dos fundaciones en dos años, pero no hay que olvidar las precarias condiciones en que se desenvolvió toda esta primera fase de la ocupación del territorio. A las dificultades de comunicación de San Diego, tanto con las lejanas bases de San Blas y de Velicatá como con la también apartada Monterrey, hay que añadirle la dramática falta de recursos tanto materiales (escasas provisiones, escasos suministros), como humanos (pocos soldados, pocos misioneros, ningún colono al margen de este menguado grupo) para desarrollar los frágiles asentamientos.

Sin embargo, prosiguieron las fundaciones (**San Antonio de Padua**, 14 de julio; **San Gabriel Arcángel**, 8 de septiembre 1771), se cosecharon los primeros frutos espirituales a base del celo desplegado por Serra y Crespí para vencer la timidez y recelo de los nativos con regalos y amabilidad (primer bautismo en el Carmelo, 26 de diciembre 1770; primero en San Gabriel, 22 noviembre 1771) y se conjuraron una y otra vez las amenazas de hambre, en alguna ocasión de modo espectacular, como ocurrió con la matanza de osos (Fages se granjeó la gratitud y el respeto de los nativos) para procurarse carne en el paraje donde más tarde se fundaría la misión de **San Luis Obispo** (1 septiembre 1772).

A estas dificultades había que unirle los conflictos surgidos a causa de las diferentes sensibilidades manifestadas por los principales dirigentes de la empresa, que se evidenciaron de modo abierto con la decisión de Pedro Fages de **posponer la fundación** de la prevista **misión de San Buenaventura**. El gobernador debía atender a una planificación general de los asentamientos y evitar los riesgos de una ocupación precipitada del territorio que dejase a las nuevas fundaciones aisladas y expuestas a un corte en los abastecimientos o a un ataque de los indígenas en una región densamente poblada. Por su parte, Junípero Serra no sólo discrepaba de esta que juzgaba tibieza del militar, sino que le acusaba de obstaculizar la labor de los misioneros y de mantener a los **soldados** demasiado cerca de las misiones y ejerciendo un **pernicioso influjo** sobre la **población nativa**.

La controversia terminó con la marcha del franciscano a la capital mexicana para hacer valer sus opiniones ante el nuevo virrey, **Antonio María**

Bucareli, que aceptó sus planteamientos, ordenando el **relevo** de Pedro Fages por el capitán **Fernando de Rivera** y el control absoluto de los religiosos sobre las cuestiones misionales y sobre los indígenas convertidos. Por otra parte, la empresa de la Alta California se organizó sobre unas bases más amplias: se concedieron más recursos económicos y más personal auxiliar a los misioneros, se programó el envío de mayores efectivos militares (un capitán, un teniente y ochenta soldados) y también civiles (muleros, herreros, carpinteros y almaceneros) y se intentó promover la instalación de colonos mediante un elaborado sistema de incentivos, aunque este último supuesto no funcionó de momento por la falta de atractivos que todavía parecía presentar la región.

Segunda etapa:

Las acciones que jalonaron el siguiente periodo se desarrollaron en un marco distinto, con un **cuadro institucional renovado** y con unos **protagonistas diferentes**, salvo en el caso de la figura de Junípero **Serra**. En efecto, la empresa de la Alta California contará ahora con el **apoyo** de su promotor, **José de Gálvez**, desde su nuevo cargo de **Secretario de Estado de Indias**, con un nuevo **gobernador**, **Felipe de Neve**, con una **nueva capitalidad** en **Monterrey** (abril 1776) y con una nueva instancia rigiendo de cerca los destinos del territorio, la recién creada **Comandancia General de las Provincias Internas** (agosto de 1776). Del mismo modo, la decisión de sustituir en las misiones bajocalifornianas a los franciscanos por los dominicos (acuerdo en abril 1772 y ejecución en mayo de 1773), dejaba aún más aisladas a las misiones de Alta California e hizo más perentoria la búsqueda de una comunicación con el interior del virreinato, con Sonora, condicionó la actuación de las autoridades durante los años 1774-1776.

En realidad, la conciencia de la **necesidad** de una **ruta terrestre** venía ya planeando sobre las autoridades virreinales. Por ello, Antonio María Bucareli, enterado de las **exploraciones** llevadas a cabo por el franciscano **Francisco Garcés** en la región del **río Gila**, en contacto con los **pimas**, consultó sobre el particular al gobernador de **Sonora**, justo en el momento en que recibía una propuesta concreta en el mismo sentido por parte de **Juan Bautista de Anza**, capitán del presidio de **Tubac**. Tras la aprobación del

proyecto en una conferencia celebrada en México (que contó con la presencia del ya mencionado Miguel Constansó, de José de Areche, fiscal de la Audiencia, y de los misioneros Francisco Garcés y Junípero Serra), Juan Bautista de Anza se puso en camino con una veintena de soldados (8 enero 1774), cruzando el río Gila en su confluencia con el río Colorado y llegando a la misión de San Gabriel dos meses y medio después (22 marzo).

Visto el buen resultado, la segunda (también al frente de Anza, ya ascendido a teniente coronel) fue una expedición no ya descubridora sino colonizadora, compuesta por un alférez, 38 soldados (algunos con sus familias), tres misioneros, treinta auxiliares (muleros, vaqueros, criados e intérpretes) y varios colonos también con sus familias. Siguiendo el mismo camino, el cuerpo expedicionario, salido de Tubac (23 octubre 1775) alcanzó San Gabriel el 4 de enero de 1776.

Sin embargo, la primera noticia que acogió a los viajeros fue la de la **sublevación** de los **ipais** (o Tipays) de San Diego (4-5 noviembre), motivada, tal vez por el bautizo de 60 indígenas diegueños, ya que este éxito evangelizador alarmó a los indios paganos, los cuales, celosos del mantenimiento de sus propias costumbres y creencias, enviaron mensajeros a todas las rancherías de la zona, llegando incluso a los yumas de Colorado para proponer una sublevación general contra los españoles. Los jefes planearon ataques simultáneos a la misión y el presidio que causaron la muerte de tres de los residentes (un misionero, un herrero y un carpintero). La revuelta, que posiblemente atestigua la resistencia de los nativos al proceso de aculturación y evangelización de los franciscanos, retrasó el segundo objetivo de Anza, la fundación de los establecimientos de San Francisco, que no pudo realizarse sino después de haber emprendido su camino de regreso a Sonora.

En cualquier caso, el año 1776 se cerró con buenas perspectivas y nuevas fundaciones: presidio de **San Francisco** (11 septiembre), misión de **San Francisco de Asís** conocida como **Dolores** por su emplazamiento junto al río del mismo nombre (9 octubre), misión de **San Juan de Capistrano** (1 noviembre) y misión de **Santa Clara** (enero 1777), en esta última los esfuerzos de los padres por conservar y aumentar los recursos ganaderos iban a chocar

con los deseos de los indios de consumir carne de vaca, sin que la muerte de 3 ladrones y los azotes a otros varios lograsen solucionar el problema.

Tercera etapa:

Tras una primera de evangelización y una segunda de colonización, significó la definitiva consolidación de la Alta California como territorio firmemente establecido bajo la autoridad del virrey de Nueva España, trasladándose la **capitalidad** de las **Californias** de Loreto a **Monterrey**. Entre los hechos más relevantes que acreditan esta nueva condición hay que resaltar el ***Reglamento e instrucción para los presidios de California, erección de nuevas misiones, fomento del pueblo y extensión de los establecimientos de Monterrey***, redactado por el gobernador **Felipe de Neve** (junio 1779) y promulgado (octubre 1781) tras ser aprobado por el comandante general de las Provincias Internas (Teodoro de Croix), por el nuevo virrey de México (Martín de Mayorga), y por el Secretario de Estado de Indias (José de Gálvez), para que sirviese de base del gobierno de la región durante todo el periodo de soberanía española.

El mapa de las misiones de la Alta California se completó con la fundación de la siempre pospuesta misión de **San Buenaventura** (31 marzo 1781), en cuya construcción ayudaron los nativos. Sin embargo, el período se caracterizó por el impulso a una **colonización** más **civil y militar** que religiosa, como demuestran las principales fundaciones de estos años: las **poblaciones** de **San José** (29 noviembre 1779) con 9 soldados con experiencia agraria, 5 colonos (4 mulatos y un apache), todos con sus familias, a las que se les repartió un solar para construir su casa, tierras de regadío, dos bueyes, dos caballos, dos vacas, dos ovejas, dos cabras, una mula, herramientas, semillas, raciones militares y 10 pesos al mes (no era un donativo, el valor de todo ello se devolvería con el tiempo en productos del campo). Fue una buena inversión ya que en 1782 pudieron cubrir las necesidades de los presidios de San Francisco y Monterrey.

El poblamiento de **Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de la Porciúncula**, junto al río Porciúncula (4 septiembre 1781), se realizó con 11

familias de colonos, a las que se entregó un solar, cuatro suertes de campos de cultivo (dos de regadío), animales, aperos y pertrechos.

También se fundó el **presidio** de **Santa Bárbara** (21 abril 1782) con la colaboración de los amistosos nativos, a los que se contrató a cambio de ropa y alimentos, mientras la instalación de la misión del mismo nombre debía esperar hasta 1786.

Otro testimonio de la nueva orientación en la ocupación fue el **conflicto** que enfrentó a Junípero Serra con el gobernador Felipe de Neve, reproduciendo el vivido bajo el mandato de Pedro Fages, pero de forma más enconada. El **control absoluto** sobre las misiones buscado por el franciscano tropezaba con la **política secularizadora** de los **funcionarios borbónicos**, como se puso de relieve una y otra vez, pero especialmente con motivo de la controversia de las confirmaciones de los neófitos (sólo podían confirmar los obispos, pero Serra obtuvo bula papal –como antes habían obtenido los jesuitas- para confirmar en las misiones dada la improbabilidad de las visitas episcopales), de modo que el regalismo de inspiración ilustrada hubo de rendirse finalmente ante la tenacidad de los misioneros.

En cualquier caso, el principal revés de la política colonizadora en la región fue la sublevación de los **yumas**, fruto de una cierta desatención por parte de las autoridades y de los habituales agravios inferidos a los indígenas, en forma de imposición de sanciones, de violencia sexual o de apropiación indebida de los campos. La revuelta (17-19 de julio de 1781) se dirigió contra las dos poblaciones fundadas en 1780 a orillas del río Colorado, **San Pedro y San Pablo de Bicuñer** y **La Purísima Concepción**, donde los sublevados dieron muerte a muchos colonos, a los cuatro frailes (uno de los cuales era Francisco Garcés) y a Fernando Rivera y todos sus soldados, en total unos 50 españoles, lo que convirtió la jornada en uno de los más graves desastres sufridos en la frontera novohispana. Ni siquiera la llegada de Pedro Fages con nuevas fuerzas serviría para invertir la situación entre 1781 y 1782, de modo que la comunicación entre California y Sonora quedaría definitivamente interrumpida a partir de este momento.

El cierre de la ruta de Sonora hizo de nuevo a la Alta California dependiente de San Blas y contribuyó a desacelerar el proceso de

colonización. El cambio de coyuntura puede también simbolizarse en la muerte del padre Junípero Serra (28 de agosto 1784) y el nombramiento de Fermín Francisco de Lasuén como presidente de las misiones altocalifornianas (6 febrero 1785). Sin embargo, la colonización estaba firmemente establecida, la región empezaba a subsistir con sus propios recursos, las misiones, los presidios y los pueblos constituían ya una red lo suficientemente tupida como para garantizar la continuidad. Era ya un hecho el nacimiento de la Alta California española.

HILTON, Sylvia Lyn: *La Alta California española*, Mapfre, Madrid, 1992

WEBER, David J.: *The Spanish Frontier in North America*, Yale University Press, New Haven, 1992.